

diciendo: «¿Qué hijo hay que no sea castigado de su padre? »Porque si carecéis de este castigo—por el cual han pasado »todos los hijos de Dios,—síguese que sois hijos de otro »padre y no de Dios.» Cuando vemos que algunos muchachos están jugando y travesando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno de ellos y le castiga, luego entendemos que aquél es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Pues *si somos hijos de Dios* (1), *también somos sus herederos*, dice el Apóstol, *y coherederos con Jesucristo*, y por lo mismo, castigados y atribulados en esta vida, *para ser con Él glorificados* (2).

San Bernardo (3) trae á este propósito una consideración que infunde aliento en el alma. Tres clases de hombres, dice el santo, logran poseer el reino de los cielos, cada cual á su manera. Unos *lo arrebatan* con violencia, con trabajos y fatigas indecibles, negándose á sí mismos y crucificando su carne con sus vicios y pasiones; y á éstos se refiere San Mateo cuando dice: *El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan* (4). Otros *lo compran* practicando obras de beneficencia y socorriendo á los necesitados con limosnas hechas en gracia de Dios y en su Nombre (5); y con éstos habla Jesucristo cuando dice: *Granjeaos amigos con las riquezas, para que, cuando falleciereis, seáis recibidos en las eternas moradas de la gloria* (6). Otros, en fin, entran en el cielo como *empujados* por una fuerza misteriosa é irresistible. ¿Sabéis quién son éstos? ¡Ah! éstos son los privilegiados, éstos son los amigos más regalados de Cristo, *los pobres de espíritu* (7), *los enfermos,*

- (1) I. Joann., III, 1.  
 (2) Rom., VIII, 17.  
 (3) Tract. sentent.  
 (4) Matth., XI, 12.  
 (5) Matth., X, 42.  
 (6) Luc., XV, 9.—Isaí., LV, 1.  
 (7) Matth., V, 3.

*los atribulados* (1), *los que lloran, los perseguidos por la verdad y la justicia* (2); y á éstos aludía Jesucristo cuando dijo al siervo de la parábola de la gran cena: *Sal luego á las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares, ET COMPELLE INTRARE, y fuérganlos á entrar para que se llene mi casa* (3). Ya lo veis, h. mías; éstos tienen asegurada la posesión de la gloria, porque son los que más se parecen á Jesucristo, porque viven abrazados con su cruz y mueren crucificados en ella; éstos son propiamente los *coherederos de Cristo*, porque *lo llevan siempre en su cuerpo*, como aconseja el Apóstol (4), y entran en el cielo como por derecho propio para ceñir por toda la eternidad *la corona de justicia* que tan confiadamente esperaba San Pablo (5), porque había peleado y vencido, y Dios ha prometido *al que venciere sentarlo en un trono, coronado de gloria* (6). ¿Veis cómo las tribulaciones son garantía de salvación y una prueba inequívoca del amor que Dios profesa á sus hijos?...

Pues aún lo veréis más claro en el hecho histórico que voy á referir. Veréis de qué trazas se vale Dios para atraer á su servicio á los hombres cuando los ve enfrascados en los cuidados y negocios de este mundo, para el cual, ciertamente, no han nacido. Hijos suyos muy queridos, hijos predilectos de su Corazón eran los israelitas, á quien llamaba á boca llena *su pueblo escogido* (7). Dice el texto sagrado que vivían en Egipto muy contentos y satisfechos, á pesar de ser extranjeros en aquel país, como lo somos nosotros en el mundo (8).

- (1) Luc., VI, 21.  
 (2) Matth., V, 10.  
 (3) Luc., XIV, 21.  
 (4) I. Corinth., VI, 20.—Rom., XIII, 14.  
 (5) II. Timoth., IV, 6.  
 (6) Apocal., III, 21.  
 (7) Levít., XXVI, 12.  
 (8) Hebræ., XIII, 14.—Psal. XXXVIII, 13.—I. Petr., II, 11.

Y ¿sabéis qué hizo Dios para arrancar de sus corazones la afición desordenada á los bienes y comodidades de aquella tierra, y aun para que la odiasen de muerte? Permitted que los egipcios desfogasen en ellos su odio, y lo efectuaron á maravilla. Forzaronlos á trabajar en obras públicas, como si se tratara de criminales. Nombraron sobrestantes para que los vejase con cargas insoportables y los azotasen cruelmente, si se resistían á las duras fatigas de amasar barro y cocer ladrillos. Obligáronles á edificar dos ciudades que se llamaron Fitóm y Ramesés, y sujetáronlos como esclavos á las rudas labores del campo. Por último, el rey Faraón, deseando acabar con ellos, intimó á todo su pueblo la orden de que todo varón que naciese entre los hebreos lo arrojasen á las corrientes del río (1). No pudiendo resistir por más tiempo los hijos de Israel tal cúmulo de desdichas, VOCIFERATI SUNT, dice el texto sagrado: *levantaron el grito al cielo* (2), *y Dios escuchó sus gemidos*, y preparó su libertad. «¿Veis, dice »San Juan Crisóstomo, cuán saludables fueron estas pruebas »para los hijos de Israel? ¿Cuándo hubieran pensado en »romper las cadenas de tan dura servidumbre, si Dios, »compadeciéndose de ellos, no los hubiera sumergido en un »piélago de tribulaciones y trabajos?» *Clamaron al Señor, al verse atribulados*, dice el real Profeta, *y los libró de sus angustias* (3). Y ¿por qué no clamaron antes?—Porque ninguna adversidad, ninguna tribulación los forzaba á ello. «Esta es »la razón, dice el Doctor Angélico (4), por qué permite el »Señor que seamos atribulados; porque la tribulación nos »hace recurrir á Dios, como Él mismo dice por el profeta »Oseas: *En medio de sus tribulaciones se levantarán con presteza*

(1) Exod., I, 22.  
 (2) Exod., II, 23.  
 (3) Psal. CVI, 19.  
 (4) In psal. XV.

»para convertirse á mí. Venid—dirán,—*volvámonos al Señor* (1).» Ved aquí un medio maravilloso que nos induce á *buscar las cosas del cielo y no las de la tierra*, como aconseja San Pablo (2). Creo que no debo insistir en probar esta verdad, tan claramente demostrada por la fe.

*Práctica.* Y ¿cómo debemos recibir las tribulaciones?—Si hablara á simples fieles cristianos que, aun teniendo fe, no suelen recurrir á ella cuando padecen alguna tribulación, y por eso la soportan con disgusto y como por fuerza, les diría que, siendo la tribulación una prenda del amor que Dios les tiene, debían recibirla en sus corazones á puertas abiertas y con buena voluntad; ó por lo menos, los exhortaría á la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, mostrándoles la necesidad que tiene todo cristiano de esta virtud para asegurar la salvación de su alma (3). Les diría que la paciencia en las tribulaciones fortifica y asegura todas las virtudes, y es un holocausto vivo de suavísima fragancia en la presencia de Dios. Les diría que es mucho más meritorio sufrir con paciencia las adversidades, que dar vida á los muertos y hacer otros milagros, como dice San Gregorio; y que si bien el mundo llama miserables á los afligidos, Dios los llama dichosos y bienaventurados, pues los escogió para sí (4)...

Mas como hablo á religiosas que no sólo poseen esta virtud de la paciencia, sino que aman y desean y bendicen la tribulación y la cruz, debo emplear otro lenguaje, el lenguaje que sólo ellas entienden, porque *muertas al mundo, su vida está escondida con Cristo en Dios* (5). A estas almas afortunadas las pregunto: ¿No es verdad que es dulce y delicioso

(1) Osce, VI, 1.  
 (2) Coloss., III, 1.  
 (3) Hebræ., X, 36.  
 (4) Matth., V, 5.  
 (5) Coloss., III, 3.

el padecer por Cristo? ¿No es cierto que el amor se alimenta de sacrificios, y que padecer amando es sabroso padecer?... Si tratándose del amor terreno es esto verdad, ¿cuánto más lo será tratándose del amor de Dios que, como dice Moisés, *es fuego que abrasa y consume?* (1). Sí, h. más; *Dios es amor* (2), y fuego es el amor, y el amor es activo como lo es el fuego por naturaleza, y así como el fuego si no obra, si no quema, no es tal fuego, así también «el amor, si no obra, si no padece, si no se sacrifica, no es amor», dice San Gregorio (3). Quien lo posee, no tiene momento de reposo, siempre está dispuesto al sacrificio, ni se cansa, ni se hastía, ni se aburre (4), y como cada día descubre en su objeto, que es Dios, nueva belleza, nuevos atractivos, cada instante desea sacrificarse por su Amado; y así como el combustible, lejos de apagar la llama, proporciona materia para que aumente en viveza y suba á lo alto, así el alma enamorada, cuantas más tribulaciones y contrariedades recibe de la mano de Dios ó de las criaturas, permitiéndolo Dios, lejos de desmayar en esos momentos de prueba, pone sus ojos y su corazón en Dios (5), *que nunca abandona á los que en Él esperan* (6), y entonces se purifica de sus pecados, se ejercita en la humildad, en la paciencia y en todas las virtudes; y Dios, testigo de su fidelidad en el tiempo de la tribulación, se complace en derramar sobre ella sus gracias á raudales, y la estrecha sobre su Corazón, y la conforta y anima para nuevas tribulaciones, porque de ellas está sembrada la vida.

Este ha sido siempre el proceder de los Santos; porque

(1) Deut., IV, 24.—Hebræ., XII, 29.

(2) I. Joann., IV, 8.

(3) Homil. XXX.

(4) Imit., lib. 3, cap. 5.

(5) Psalm. CXX, 1.

(6) Dan, XIII, 60.

llegaron á gustar la dulcedumbre que entrañan las tribulaciones y sabían el gran merecimiento que contraían á los ojos de Dios, las desearon con ardor anhelante y vivieron como engolfados en ellas. Testigo San Juan de la Cruz. Orando este siervo de Dios ante una imagen de Cristo con la cruz á cuestas, le habló el mismo Señor por medio de la imagen y dijo: «Fray Juan, ¿qué quieres por los servicios que me has hecho?»—A lo cual respondió el Santo: «Señor, padecer y ser menospreciado por Vos.» ¡Rara petición! Trabajos por premio de trabajos. Pedía Santa Teresa: «O morir, ó padecer», no admitiendo medio entre la muerte y los trabajos; y este insigne varón pedía trabajos y desprecios, sin acordarse del morir, porque tampoco se acordaba del fin del padecer. En el trabajo tenía su descanso, y en la pena su gloria; y de esta manera *su paciencia daba primor y perfección á sus obras* (1). San Francisco Javier, cuando se hallaba en algún grande aprieto ó contradicción, solía decir: «Señor, no me libréis de esta cruz, ó dadme otra mayor.» En las grandes consolaciones decía: «Basta, Señor, basta»; y en las amarguras: «Más, Señor, más.» Aparecióse el Salvador del mundo á Santa Catalina de Sena con una corona de oro en la mano derecha, y en la izquierda una corona tejida de espinas, y la dijo: «Hija mía queridísima: escoge la corona que quieras. Si prefieres la corona de espinas en esta vida, te guardaré para la otra la corona preciosa; pero si tomas hoy la preciosa, llevarás la de espinas después de la muerte.»—«Señor, dijo Catalina, en esta vida quiero conformarme con vuestra Pasión: mi dicha será siempre padecer por Vos.» Diciendo esto, cogió con ambas manos la corona de espinas y se la puso en la cabeza con tanta fuerza, que las espinas la penetraron por

(1) Jacob., I, 4.

todas partes (1). Este es, h. mías, el distintivo de los hijos de Dios, de los *predestinados para ser conformes con la imagen de su Hijo Jesucristo* (2). San Francisco de Sales, hablando con las religiosas, las dice: «Sois esposas, no de Jesús glorificado, sino de Jesús crucificado, y por eso las joyas con las cuales os quiere ver adornadas son cruces, clavos y espinas, y el festín de estas bodas es hiel, hisopo y ajeno; en el cielo tendréis los rubíes, los diamantes, las esmeraldas, el maná y la miel.»

Sí, h. mías; sólo en el cielo—patria de los bienaventurados—hallaremos paz inalterable y reposo eterno. Mientras vivamos en este destierro, no han de faltarnos tribulaciones y quebrantos que pongan á prueba nuestra paciencia y fidelidad en el divino servicio. Apelo á vuestra experiencia. ¿No es verdad que en la vida religiosa que profesáis—vida de sacrificio, porque es vida de amor,—tenéis que pasar con frecuencia por graves tribulaciones interiores, como son escrúpulos, arideces, desamparos, ansiedades, tentaciones y pruebas espantosas, las cuales os ponen á veces en trances tan apretados, que no hallando consuelo sensible á vuestro dolor en el cielo ni en la tierra (3), os sentís movidas y como forzadas á interrogar á Dios con el Salmista: *Por qué, Señor, te has olvidado de mí?, y ¿por qué he de andar yo triste, mientras me aflige mi enemigo?* (4) Así es, h. mías; angustias indecibles, *dolores de infierno* padece el alma, dice el real Profeta (5), y lo repite San Juan de la Cruz (6), en estas pruebas durísimas que Dios permite para purificarla *como oro en el crisol* (7), y unirla estrechamente consigo. Tampoco

(1) Vida, part., 2, cap. 4.

(2) Rom., VIII, 29.

(3) Psal. LXXXVII, 9.

(4) Psal. XLI, 10.

(5) Psal. XVII, 6.

(6) Obras, tom. 3, cap. 6.

(7) Sapient., III, 6.—Eccli., II, 5.—Eccli., XXVII, 6.

faltan penas exteriores que os llenan de turbación y congoja. A ello contribuyen en gran parte la continua mortificación y sacrificio que reclama la santidad de vuestro estado, la falta de salud, la excesiva viveza de la imaginación, la repugnancia á ciertos cargos ú oficios que impone la obediencia, las exigencias del amor propio, el derramamiento habitual de los sentidos del cuerpo, el trato inevitable con hermanas de diversos juicios y caracteres, y otras muchas causas que tienen su origen en nuestra nativa miserable condición. En verdad tenemos hartos motivos para exclamar con el Apóstol: *¡Infeliz de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (1)

Mas no creáis por eso que Dios se complace en ver atribulados á sus hijos. Por el contrario, como es sumamente compasivo (2), y por otra parte desea que salgamos de este mundo enteramente purificados, permite tentaciones y tribulaciones y angustias para lograr esta purificación, ayudándonos con sus gracias, convirtiendo en dulce lo amargo y hasta contemplándonos con ternura inefable cuando nos ve luchando abrazados con la cruz, que nunca deja sin recompensa (3). «En una ocasión se me apareció el Niño Jesús, escribe Santa Teresa, y me dijo: ¡Hija, si supieras cuánto compadezco á las almas atribuladas que acuden á mis plantas en demanda de consuelo! Créeme que si yo pudiera padecer, si fuera capaz de sentir pena, la sentiría vivísima y lloraría cuando veo un alma en tribulación; pero permito estas penas porque así las conviene para su salvación (4).» ¿Qué más deseamos, h. mías? Tenemos un Dios que nos ama infinitamente (5); tenemos un Padre que nos

(1) Rom., VII, 24.—Sapient., IX, 5.

(2) Exod., XXXIV, 6.—Sapient., XI, 24.—Psal. CII, 13.

(3) II. Timoth., IV, 8.—I. Petr., V, 4.—Jacob., I, 12.

(4) Vida, escritos sueltos.

(5) Jerem., XXXI, 3.

profesa un cariño más tierno que el de nuestras madres (1); que se conduele al vernos atribulados y llorosos, y que no nos abandona en la tribulación (2), mitigándola y haciéndola suave con la dulzura de su divino consuelo; y una sola gota de la consolación divina, tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar de aflicciones, como lo vemos en los Santos mártires. Y por esto decía San Pablo, *que se gloriaba en sus tribulaciones* (3); porque así como Dios no necesita pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan; tampoco tiene necesidad de finezas y regalos para consolarle, porque los mismos tormentos y penas le sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos (4).

Resolvámonos, h. más, en vista de estas verdades tan consoladoras, á padecer cuantas tribulaciones, contrariedades y penas, en el cuerpo y en el alma, se digne Dios enviarnos, ya que de grado ó por fuerza hemos de padecer, dice San Pablo, *si deseamos entrar en el reino de Dios*. Si no nos abrazamos con la cruz, se nos hará más pesada, y al fin de la vida ningún mérito habremos adquirido. Mas si nos desposamos con ella y la ponemos sobre nuestro corazón, ella endulzará nuestras penas, nos consolará en nuestras aflicciones, será nuestro refugio en las tentaciones, nuestra ayuda en todos los peligros, y después de haber subido con ella el Calvario de esta vida, volaremos al Tabor de los consuelos divinos para ser glorificados con Dios y sus Santos por toda la eternidad.

---

(1) Isai., XLIX, 15.

(2) Psal., XC, 15.

(3) Rom., V, 3.—II. Corinth., VII, 4.—Galat., VI, 14.

(4) P. Rivadeneira, De la tribulación, cap. IX.

## DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

---